

# EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La jóven alemana, por don A. Pirala.—Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—Poesia, por doña Emilia Mijares de Real.—El cirujano de Marina [continuacion], por don R. R. de Mendoza.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Teatros, por don Antonio Arnao.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: Grabado de Labores.

## INSTRUCCION.

### LA JÓVEN ALEMANA.



ÍMBOLO de inocencia y de candor la jóven alemana, es una prueba mas de la influencia de la madre en la educacion de sus hijas.

La Alemania, que participa de tantos caracteres como estados la componen, que al lado de testimonios evidentes de una feudalidad que en pocas partes existe se vé una civilizacion en su apogeo, presenta los tipos mas envidiables y acabados de la jóven.

La vida de familia es allí completa; allí tiene la madre su trono, y es la reina del hogar. Si el padre es absoluto en su autoridad, si reina con rigidez en medio de los suyos, la influencia de la madre, de la hada protectora de esta pequeña sociedad, vela incessantemente por atenuar lo que haya de rudo y de riguroso en las exigencias del señor.

De naturaleza mediatubunda y temperamento tranquilo, la jóven alemana, es educada á la vista de su madre, á la que pertenece por completo la familia; de la madre que rie, sueña y se divierte con sus hijos.

Y no por esto se desatiende su instruccion, esta es completísima, y puede competir con la mejor y mas acabada que se dé en el mundo; por lo que es raro ver una jóven alemana, bien educada, que no sepa varias lenguas y deje de cultivar algunas artes.

Hasta la industria alemana parece dedicarse á la

instruccion de la juventud, haciendo esos ingeniosos é instructivos juguetes que nos asombran diariamente en los almacenes.

En esa Alemania, donde en los colegios de los jóvenes se enseña á cada discípulo un oficio ó á tocar un instrumento á la vez que sigue una carrera literaria ó científica, para que en una de esas desgracias tan comunes en las vicisitudes de la vida, pueda hallar un seguro medio de subsistencia, donde se aprovechan las vacaciones viajando á pié y en comunidad con los profesores, que les esplican la naturaleza á la vista de ella misma, no podia desatenderse la instruccion de las jóvenes, porque allí se dá á la mujer la importancia que merece.

Se notará alguna monotonía, sobrada credulidad en las acciones y en los hechos de la jóven alemana, pero está revestida al mismo tiempo de un encanto indescriptible; siendo todo esto el efecto de los cuentos maravillosos con que se entretiene su infancia, y de los sueños dorados de una literatura de la que no se les muestra mas que sus resplandecientes bellezas.

Así que todo es allí adecuado á la jóven, todo tiende á un mismo fin: las canciones con que se la duerme en la cuna, los cuentos con que se entretiene su pueril impaciencia, los juguetes con que se divierte y se la premia, los libros que estudia y que lee, todo es á propósito, hecho espresamente para ella.

El hogar aleman es un nido lleno de quietud, de lánguidas aspiraciones, y de este tranquilo lugar se escapa una dulce somnolencia que apenas comprendemos en nuestro carácter; porque no es esa inercia meridional que enerva las fuerzas y abate el espíritu, no; es esa tranquilidad de la conciencia, de la ventura, que halla el placer en la familia, en la que se

ría y se goza, en la que se disfrutan esos placeres monotonos, pero íntimos, de los que cada uno es avaro, y gasta en provecho de los otros la suma de felicidad de que está dotado.

No vayais, pues, á exigir á esas jóvenes rubias, de rosadas mejillas y ojos azules, vaporosas flores de la Alemania, que parecen ángeles de Rubens, el alma impetuosa y el ardiente corazón de nuestras compatriotas. Mas no creais por esto que hay nieve en su pecho, sino que está animado del mismo fuego que las demás criaturas de Dios, que arde y se inflama algunas veces mas vivo, solamente que está encerrado en un hogar interior, que nada deja ver al mundo de aquella hoguera que se consume en sueños.

Querida y respetada la joven alemana, seduce y enamora con su candor y su trato, porque brilla su inocencia á la par que su instruccion, aunque no pretende ostentarla, dando así esta natural modestia doble realce á sus encantos.

A. PIBALA.

## GARTAS Á JULIA.

V.

¡Oh Julia, oh mi querida Julia, cuán sublime es la amistad que empezada en la cuna, nos acompaña durante todo el amargo trayecto de la vida y no nos abandona ni en la tumba! Yo espero que así sea la nuestra, y tu cariñosa carta confirma mi esperanza.

Gracias por el interés que te inspiran mis tempranas desventuras, gracias por esa solicitud con que anhelas saber todos los mas pequeños arcanos de mi vida.

¿Por qué no te habré escrito antes? ¡Ah, es que el alma es instivamente egoísta, y todo lo quiere encerrar en sí misma: pesares y alegrías. Tu carta me ha hecho llorar y reír á un mismo tiempo. ¡Cuántas preguntas me haces! Todo lo quieres saber de una vez! Paciencia, Julia, paciencia; es preciso que veas todos los trámites por los cuales ha pasado mi espíritu antes de acercarse un poco á la perfeccion; es preciso que conozcas cuán rudo es el aprendizaje, para otorgarme el lauro á que, te lo confieso sin falsa modestia, me conceptúo acreedora. Oye, pues, y no te enojés.

Cuando me llamaron para almorzar, bajé procurando afectar un aire muy tranquilo, pero la compasiva mirada que la abuela fijó en mí, me reveló que la hinchazon de mis párpados acababa de venderme. Sin embargo no me hizo la mas mínima pregunta.

Solo cuando hubieron quitado los manteles, me dijo con ademan indiferente:

—Quiéres llevar una cestita y bajar conmigo al huerto, y cogemos lechugas?

La obedecí al instante, pero no sin un secreto disgusto.

Anduvimos largo tiempo en silencio.

—Qué hermoso sol! exclamó por fin la abuela interrumpiéndole; mira como los árboles se han cubierto de renuevos, y la tierra se ha revestido de verde con la benéfica lluvia de estos dias! Y sin embargo, casi murmurábamos del Supremo Hacedor, tildándole de despótico é injusto, porque el agua y el cierzo nos importunaban, sin pensar que sin aquel cielo ceniciento no nos parecería hoy tan hermoso el sol, y sin aquella lluvia no ostentarian los árboles su bello ropaje de esmeraldas! Lo mismo nos sucede con los tormentos morales. ¡Qué sabemos si en el dolor germina un bien! qué sabemos si la alegría tal vez está engendrando un mal!

Era evidente que la abuela trataba de evocar una confianza; pero aunque comprendí su intencion, era tal el vago despecho que sentia, que me encerré en mi silencio.

—Yo por mí, prosiguió la abuela, he tenido una existencia, que el mundo sin duda habrá llamado desgraciada, y no obstante puedo asegurarte, que cada noche al entregarme al sueño, daba gracias á Dios por sus beneficios.

—¡Oh, Vd. era amada! exclamé sin poderme contener, y el sentirse amados y bendecidos nos da fuerzas para todo!

—Sí, Enriqueta, me contestó con estrañeza, yo era amada; es mas, creo que el dia en que baje á la tumba me llorarán todos cuantos me rodean: pero el amor, hija querida, no es una planta que brota espontáneamente, sino que es una planta que se cultiva; planta tan delicada que exige el mas constante esmero y la atencion mas cuidadosa.

—¡Oh, no! repliqué sin abandonar mi tono de mal humor, se ama lo que es mas bello, mas gracioso, mas espiritual, cualidades todas que concede la ciega naturaleza, y á veces se ama sin saber porqué.... Casi pudiera decirse que todo ello es obra de la fatalidad, del destino....

—Fatalidad! destino! exclamó la abuela sonriendo bondadosamente. Pero Enriqueta, cuando te entretengas en definir y buscar el porqué de todas las cosas, verás que el destino y la fatalidad son el resultado casi siempre de nuestras pasiones ó de nuestra educacion. Acuérdate de la bellísima fábula del *Muchacho y la Fortuna*. Ah! si el imprudente jovencillo no se hubiese dormido á orillas del pozo, sin duda no hubiera caido en él. Pero dejemos eso, que ya te lo irá demostrando la experiencia, y volvamos al amor, del cual siento decirte que tienes formada

muy mala idea, pues veo que confundes ese sentimiento sublime é imperecedero con el fútil capricho y la pasajera admiracion. Examínalo bien: tú admiras las flores, los rayos del sol, los cambiantes del cielo; tienes capricho por poséer una planta rara, una piedra preciosa; pero no amas mas que á los pajariños que dan vueltas en torno de tí, y te incitan y llaman con amorosos píos, y tu amor se va acrecentando á medida que ellos te van manifestando una predileccion mas exclusiva. Y entonces no amas al pájaro por sus caprichosas plumas, por sus variados colores; le amas, porque es un sér animado, capaz de amar á su manera, y porque este amor, tal cual es, te lo consagra. Así, pues, para inspirar un afecto que no sea capricho ó mera admiracion, se necesita algo mas que las cualidades exteriores que nos ha otorgado la ciega naturaleza, como tú la llamas, se necesita el deseo de ser amados, que pone en juego los poderosos resortes de la sensibilidad y la virtud para conseguir su objeto. Cuando este deseo es ardiente y poderoso, ¿habrá algun sér animado, por ridículo, por despreciable que parezca á los ojos del vulgo, que no acierte y no alcance á transmitir á otros séres la llama que le devora? Tú bien sabes que ayer me jacté de que me haria amar de tí: y no obstante yo soy ya vieja, y por consiguiente fea, y tal vez hasta ridícula; pero ¿crées que á pesar de todo eso me será imposible aspirar á tan noble bien?

—Oh, Vd. es otra cosa! murmuré medio vencida. Era tan doloroso mi tono al pronunciar estas palabras, que la abuela vino á sentarse junto á mí y me estrechó en sus brazos.

—Niña! me dijo sonriendo, acabas de saludar la aurora de la vida y ya desconfias de tus propias fuerzas y de la bondad de la Providencia!

—Es qué, respondí ruborizándome y dejando por fin escapar mi secreto, es que esta mañana he estado hablando con Antonio y me ha hecho un retrato de Vd., al cual jamás, jamás podré parecerme, lo conozco!

—¡Ah, hija mía, exclamó la abuela con calor, el que es capaz de sentir una noble emulacion está ya salvado! Mira, yo he sido niña como tú, débil como tú, como tú sujeta á error, cometiéndole muchas, muchas veces! Ah, si algun mérito encuentras en mi conducta, no me admires á mí, no me bendigas á mí: bendice á mi santa madre que procuró formar mi corazon para el bien; bendice á la Virgen de los angeles, que me tendió su mano protectora; bendice, en fin, al venerable sacerdote, que sostuvo mi débil paso en la penosa senda de la vida. Además, mi mérito, si alguno hay en mí, tal vez sea hijo de las circunstancias: yo ví la luz del dia aquí, entre estas breñas, sin que ningun eco mundano viniese á herir mis oidos y á contaminar mi alma: me acostumbré desde la infancia á ratar á estos buenos labradores, á proteger-

los, á amarlos! Yo pude ver de cerca cuanto habia de recto y sano en su corazon, yo he podido estudiar las causas de su miseria, hasta de su inmoralidad para combatir las, y lo he hecho, Enriqueta; lo he hecho, acaso por egoismo, porque yo no hallaba mucho cariño en mi casa, y sedienta de amor, como todo corazon jóven, tuve que buscarlo fuera de su recinto.

Perdóname si hago una confesion que una mujer nunca jamás debe hacer, en ninguna circunstancia de su vida; pero la hago por tu bien, y esto me justifica.

Aun no tenia quince años cuando me casé, ó mas bien me casaron con un hombre, que al pronunciar el solemne juramento al pié de los altares, solo pensaba en los doblones que mi padre guardaba en su gaveta. Era avaro, de condicion áspera y descontentadiza, de un humor insufrible: todo le contrariaba, de todo sacaba pretesto para humillar el amor propio ajeno, y esto con tal dureza, que cuantos le conocian procuraban huir de él, dejándome á mí, pobre niña sin esperiencia, en perpétua lucha con su génio atrabiliario. ¡Oh, cuánto tuve que sufrir, y qué hubiera sido entonces de mí, yo que acababa de perder á mis buenos padres, si el venerable cura Atanasio, no me hubiese sostenido y guiado con sus piadosos consejos.

—Hija, me decia con inefable dulzura, quien busca felicidad en el mundo busca una vana quimera. La mujer particularmente, no ha venido aquí á gozar, sino á participar de la cruz de Jesucristo, á llevarla como él resignadamente hasta el Calvario, para imitarle tambien en su resurreccion triunfante y gloriosa. Jesucristo, que no quiso defenderse de sus enemigos con la espada, que sufrió con paciencia los sarcasmos de sus verdugos, que espiró en un suplicio ominoso, venció sin embargo, y por vencedor le proclama el eco de muchos siglos. Venció por el amor, venció por la abnegacion, venció por la caridad y por las lágrimas. Pues bien: hé ahí cuál es la victoria á la cual debe aspirar la mujer; he ahí cuáles son las únicas armas que la es dado esgrimir y el seguro triunfo reservado á sus afanes.

No apartes nunca tus ojos del santo Crucifijo, y él te dará valor para luchar en la desigual batalla de la vida. Tu marido te desprecia: muéstrale que tienes un alma noble y digna; muéstrale por tus acciones cuán acreedora eres á su respeto y á su consideracion. Por mas que se diga, el diamante siempre es un diamante. Puede el vulgo admirar el vidrio primorosamente tallado y esculpido por un hábil artífice; pero el vidrio se quiebra pronto, y el diamante no perece nunca. Las olas de la mar se arremolinan en perpétuo giro, y arastran en pos de sí las piedras y las hojas, para sepultarlas en su abismo; pero retroceden ante la fuerte roca, y acaban por besarla humildemente. Dedicáte á practicar con santa diligencia tus deberes, haz que la limpieza, el órden, la economia, y el bienes-

tar, que es el resultado de estas tres virtudes, reinen siempre en tu casa; que tu marido, sin que descendas para con él á humillantes adulaciones, te vea constantemente ocupada en procurar su comodidad, en prevenir sus deseos y sus gustos, y en labrar su ventura. Que vea que los criados cumplen estrictamente su deber, merced al sábio órden que tú has establecido, y que jamás apelan de tu autoridad á la suya; que halle en tí un inteligente y celoso ausiliar que se afana en reparar las pérdidas que él ocasiona con sus sórdidas y desgraciadas especulaciones; que los plácemes y los elogios generales lleguen diariamente á sus oídos; y él, vencido, desarmado, confuso y lleno de entusiasmo, vendrá por fin á buscar consuelo, fortaleza y alegría entre tus brazos.

Y si así no fuera, si por desgracia fuese tan ciego que cerrase los ojos á la luz, siempre te quedará por premio de tu virtud el testimonio de tu conciencia, la estimacion del mundo y las bendiciones de Dios.

Yo procuré hacer todo esto, Enriqueta.

Era demasiado cierto: mi marido, agujoneado por la codicia, comprometia su fortuna en aventuradas especulaciones, y llegó un dia en que tuvo que solicitar un modesto empleo para poder subsistir, y en que me fué preciso renunciar á mis pacíficas costumbres y dar un adios á mi tranquila aldea.

—Nada de reproches, me dijo el buen cura, nada de inútiles lamentaciones: las quejas nada remedian, y solo consiguen añadir hiel al veneno.

Tuve valor para no quejarme, y lejos de eso procuré aprovecharme del abatimiento de mi marido para insinuarme en su corazon y tomar algun ascendiente sobre su espíritu. Me dediqué á estudiar las causas de nuestra desgracia, procuré repararla con mis economías, ya te diré en otra ocasion las amargas privaciones que tuve que sufrir entonces, busqué los medios de sacar algunas ventajas de lo que se habia perdido, y Dios me iluminó tan bien, que al cabo de algunos años pude recabar de mi marido que se volviese á poner al frente de sus haciendas, ya casi desempeñadas, y no se entregase á ninguna especulacion sin consultarla antes conmigo. Conseguí mas, Enriqueta, conseguí que él, tan avaro, tan desconfiado, me entregase las llaves de su gaveta, disponiendo yo del dinero como mejor convenia al bien de todos, y no debí hacerlo tan mal, por cuanto si una desgraciada operacion no hubiese comprometido la fortuna de Eduardo, tú sabes que era bastante rico. Lo creerias? Mi marido fué refrenando poco á poco su génio áspero, y concluimos por vivir tan en paz, que él todo lo sacrificaba á mi tranquilidad, y espiró llenándome de bendiciones.

Pero esta carta se va haciendo demasiado larga, Julia mia, y tengo que dejar para otra la continuacion de mi conversacion con la abuela.

ANGELA GRASSI.

## LITERATURA.

*Al distinguido oculista SR. D. MANUEL MONTAUT.*

Oh! qué fuera sin vos, sin vuestra ciencia  
Del ángel de mi amor, de la hija mia,  
Condenada en la edad de la inocencia  
Á no gozar la luz del claro dia?

¿Y qué fuera de mí que busco ansiosa  
La paz y la alegría en su mirada,  
Al contemplarla, triste y silenciosa,  
Del mundo y sus venturas alejada?

Huérfana un dia... abandonada acaso...  
Solo esta idea el corazon me aterra!  
¿Quién guiaría su inseguro paso  
Cuando durmiese yo bajo la tierra?

¡Oh, dejadme pintaros con el alma  
Todas las inquietudes que he sufrido;  
Que al recordar vuestra destreza y calma  
Es una bendicion cada gemido.

¡Dichoso vos que en la mansion del hombre  
No estais al odio ni al temor sujeto!  
¿No os es dulce saber que vuestro nombre  
Con gratitud se guarda y con respeto?

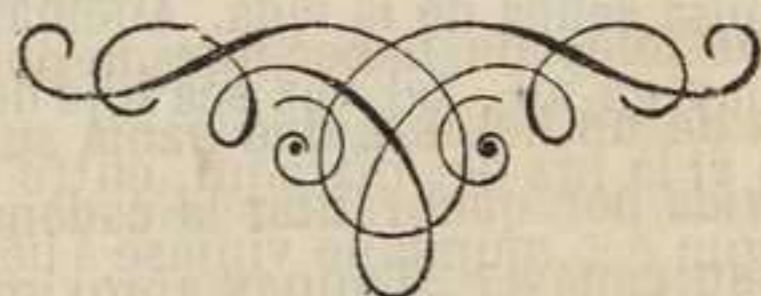
¿Hay tantos que se encumbran, que descuellan,  
Y que en brillar tan solo se complacen:  
Y si mirais, bajo sus plantas huellan  
Honras y dichas que en el polvo yacen.

No así vos cuya vida solitaria  
En el trabajo deslizaís sin pena,  
¿Qué no os aflija la fortuna varia  
Ya que calmaís la desventura ajená!

Al despedirme, al contemplar que estrecho  
Quizá por vez postrera vuestra mano,  
Un suspiro se escapa de mi pecho  
Cual si me despidiese de un hermano.

Adios: ninguna nube de tristeza  
Empañará vuestra apacible vida,  
Si Dios acoge en su inmortal grandeza  
El ruego de una madre agradecida.

EMILIA MIJARES DE REAL.



## EL CIRUJANO DE MARINA.

[Continuacion.]

El muerto debía ofrecer ciertamente un digno objeto de estudio para un discípulo de Gall ó de Lavater. Convencido de robos á mano armada, y condenado á una detencion perpétua, Pedro Cranou habia vivido veinte años en el Baño, durante los cuales únicamente le habia ocupado la idea de su fuga. Sus tentativas de evasion, alguna vez dichosas, pero que nunca le habian podido sustraer por largo tiempo á las investigaciones de que fué objeto, ascendian á sesenta, y le habian conducido de nuevo otras tantas veces bajo el látigo del sota cómitre. Las duras correcciones que sufría le pusieron enfermo y valetudinario, pero sin renunciar sin embargo á sus proyectos: hubiérase dicho que sus deseos de obtener á toda costa la libertad, se engrandecian ante los obstáculos que le imposibilitaban satisfacerlos: la idea de evasion vino á ser en Cranou una especie de monomanía incorregible. Hubo entonces necesidad de recurrir á los medios extremos, y el forzado quedó sujeto á su banco, cargado de treinta libras de hierro, sin permitirle ya salir. Esta última medida le arrancó al fin toda esperanza, y pareció renunciar á la fuga, mas por entonces cayó gravemente enfermo. Ocho dias hacia que se hallaba en la enfermería en el momento en que comienza nuestro relato.

El guarda entró con las angarillas, y el muerto fué trasportado á la sala de diseccion.

El anfiteatro del Baño, de que rara vez se hacia uso, era mas horrible todavía de lo que generalmente suelen ser estos lugares. A uno y otro lado se hallaban dispersos algunos miembros medio roídos por los ratones. En el fondo un esqueleto incompleto, suspendido cerca de una ventana abierta, era balanceado por el viento de la noche, y dejaba oír una crepitation horrible.

Por mas acostumbrado que estuviese Launay á la vista de semejantes objetos, la hora inoportuna en que se hallaba allí, la fria humedad del anfiteatro, y esa incertidumbre fantástica que la noche arroja sobre todo, le causaban una especie de malestar imposible de describir. Apresuróse, pues, á preparar sus instrumentos, se aproximó á la mesa y descubrió el cadáver del forzado.

La manilla de hierro aprisionaba todavía la pierna izquierda, sobre la cual habia impreso una huella profunda. Despues de haber mirado por un instante los restos de un hombre que habia sufrido tanto durante su vida por quebrantar la cadena que aún estaba unida á su cadáver, Launay aproximó la lámpara, y se armó del cuchillo de diseccion. Pero en el momento en que se apoderaba del brazo del muerto,

creyó sentir resistencia. Sorprendido y casi horrorizado, se inclinó sobre el cuerpo, cuya cabeza levantó hasta la lámpara para observar, como observó, que cerraba los ojos ligeramente: aproximóla mas aun, y al ver que aquellos ojos se abrian desmesuradamente, Launay se echó hácia atrás horrorizado de espanto. Entonces el cadáver se enderezó lentamente, se sentó sobre la mesa, y miró en torno suyo con inquietud. El jóven cirujano estaba mudo é inmóvil, no sabiendo qué pensar, luego que vió á Pedro Cranou deslizarse diestramente al suelo y dirigirse hácia la ventana. Este movimiento fué un rayo de luz, porque mas de una vez habian ya buscado los forzados, en una muerte fingida, el medio de su evasion. Comprendió entonces que se le tomaba por un incauto, y vuelto de su estupor, se abalanzó á Cranou agarrándole por medio del cuerpo en el momento en que iba á franquear la ventana. El forzado entonces procuró desasirse, mas Launay no abandonó su presa, y una lucha encarnizada comenzó entre ellos. Esta terminó por la caída de Pedro, que desnudo y debilitado, no podia resistir por largo tiempo.

—Ya ves que no eres el mas fuerte, dijo el cirujano apretando la rodilla, con la cual le tenia sujeto contra el suelo, no te salvarás á pesar mio.

Cranou hizo todavía algunos esfuerzos desesperados, mas reconociendo que eran inútiles, renunció á la resistencia.

—Dejadme escapar, en nombre de Dios! Señor de Launay—le dijo con voz suplicante. ¿Qué os importa mi fuga á vos, que no sois el encargado de custodiarme.

—Te equivocas. Lo soy durante tu enfermedad. ¿Qué se diría de un médico que dejase evadir sus muertos?

—No se sabrá, y aunque se supiese, á vos no podrian hacernos nada. Oh! os lo ruego encarecidamente, señor Launay, mi querido señor Launay, dejad que me salve, dejadme salir. Cuando con traspasar los umbrales de la puerta estaria libre un minuto, y daria algunos pasos fuera del Baño para respirar el aire de afuera!... Porque desde mi última evasion no se me deja salir, bien lo sabeis, mi buen señor Launay!... Yo os lo ruego, dejadme salir.

—Es imposible.

El forzado hizo un nuevo esfuerzo para desasirse, mas el cirujano le retenia vigorosamente.

—No te moverás sin mi permiso—añadió—no quiero que se diga que te has burlado de mí.

—Quiero ser libre: es necesario que así sea—esclamó Cranou—Dios mio! haber sufrido tan largo tiempo inútilmente, cuando he ocultado durante dos meses hasta mis deseos de evadirme! Yo, que he desaprovechado tal vez la mejor ocasion! Que he permanecido tres dias sin comer, para que enfermado se me trasladara á la enfermería! Yo, que tan bien he

logrado parecer muerto! Porque todos habeis sido engañados. Y todo para qué? Para nada! Tocar el fin y no poder alcanzarlo! Oh! esto es demasiado, es demasiado!

(Se continuará.)

R. R. DE MENDOZA.

## LABORES.

La señora elegante, la señora que comprende y mira bajo su verdadero punto de vista las exigencias de la vida y de la sociedad, la señora de buen tono en fin, tiene precision de rodearse de una porcion de bagatelas de poco uso, de mucho coste, y que reconocida su existencia como precisa, la mayor economía consiste en hacerlas por sí. El bordarse los pañuelos de batista, el tejer un almohadon de crochet para su gabinete, ó hacerse la redcilla que tenia necesidad de comprar, representa en la mujer bien acomodada tanta economía, como en la de pocos recursos coserse la ropa blanca que habia de dar á la costurera.

Una de estas *bagatelas indispensables* representa nuestro grabado de hoy en su núm. 1.º Es un *tarjetero* destinado á guardar las tarjetas en la casa, á la par que otros papeles ó apuntaciones de señora, que nunca tienen gran tamaño ni necesitan gran espacio para guardarse.

Para ejecutarle se necesita un pedazo de seda para fondo, á menos que no se prefiera bordarlo en piel, y se principia por hilvanarla sobre un pedazo de tela blanca, marcando sobre ambas la figura del tarjetero que, como fácilmente se comprende, se compone de dos partes, una para delante, y otra, que sobresale, para detrás. Despues, en el sitio correspondiente, se bordan con seda, de un color que corte con el del fondo, los arabescos, pasando luego á cortar dos cartulinas del tamaño de nuestro modelo, sobre las que se fija por un lado el bordado y por el otro un forro de seda, cosiendo ambos pedazos por la cabecera.

Hecha esta operacion, solo falta guarnecer la parte de adelante con un grueso cordon de oro, la de atrás con dos muy delgaditos, y la primera en el borde inferior con el fleco, hecho con mostacilla de oro ó acero, formada por colgantes de 36 cuentas, sirviéndoles de cabeza otra mayor. Una presillita de cinta de seda colocada á la espalda, para colgarle de la pared, completa este lindísimo juguete.

El *encaje de aguja* que acompaña á esta labor, es uno de tantos destinado á guarnecer juegos de cama, enaguas, etc., y su ejecucion es como sigue:

Se ponen en la aguja 37 ps.

1.<sup>a</sup> *Vuelta*.—1 p. sin hacer, 1 meng., 1 trab., 2 del rev., 6 lis., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 lis., 2 ps. del rev., 1 p. lis., 1 trab., 1 lis., 1 sobrec., 6 lis., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 1 lis., 2 trab., 1 meng., 2 trab., 1 meng.

2.<sup>a</sup>—2 ps. lis., 1 del rev., 2 lis., 1. del rev., 2 lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 5 del rev., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 2 del rev., 2 lis., 2 del rev., 1 trab., 1 meng., 5 del rev., 2 lis., 5 del rev.

3.<sup>a</sup>—1 p. sin hacer., 1 meng., 1 trab., 2 del rev., 4 lis., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 3 lis., 2 del rev., 3 lis., 1 trab., 1 lis., 1 sobrec., 4 lis., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 3 lis., 2 trab., 1 meng., 2 trab., 1 menguado.

4.<sup>a</sup>—2 lis., 1 del rev., 2 lis., 1 del rev., 4 lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 3 del rev., 1 meng., 1 del rev., 1 trab., 4 del rev., 2 lis., 4 del rev., 1 trab., 1 del rev., 1 meng., 3 del rev., 2 lis., 3 del rev.

5.<sup>a</sup>—1 p. sin hacer, 1 meng., 1 trab., 2 del rev., 2 lis., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 5 lis., 2 del rev., 5 lis., 1 trab., 1 lis., 1 meng., 2 lis., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 5 lis., 2 trab., 1 meng., 2 trab., 1 meng.

6.<sup>a</sup>—2 lis., 1 del rev., 2 lis., 1 del rev., 6 lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 1 del rev., 1 meng., 1 del rev., 1 trab., 6 del rev., 2 lis., 6 del rev., 1 trab., 1 del rev., 1 meng., 1 del rev., 2 lis., 3 del rev.

7.<sup>a</sup>—1 punto sin hacer., 1 meng., 1 trab., 2 del rev., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 7 lis., 2 del rev., 7 lis., 1 trab., 1 lis., 1 meng., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 7 lis., 2 trab., 1 meng., 2 trab., 1 meng.

8.<sup>a</sup>—2 lis., 1 del rev., 2 lis., 1 del rev., 8 lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 10 del rev., 2 lis., 10 del rev., 2 lis., 5 del rev.

9.<sup>a</sup>—1 p. sin hacer, 1 meng., 1 trab., 2 del rev., 6 lis., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 1 lis., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 1 lis., 1 sobrec., 6 lis., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 9 lis., 2 trab., 1 meng., 2 trab., 1 meng.

10.<sup>a</sup>—2 lis., 1 del rev., 2 lis., 1 del rev., 10 lisos, 1 trab., 1 meng., 2 lis., 5 del rev., 1 meng., 1 del rev. 1 trab., 2 del rev. 2 lis., 2 del rev., 1 trab., 1 del rev., 1 meng., 5 del rev., 2 lis., 3 del rev.

11.<sup>a</sup>—1 sin hacer, 1 meng., 1 trab., 2 del rev., 4 lis., 1 meng., 1 lis., 1 trab., 3 lis., 2 del rev. 3 lis., 1 trab., 1 lis., 1 sobrec., 4 lis., 2 del rev., 1 lis., 1 trab., 1 meng., 15 lis.

12.<sup>a</sup>—10 sobrec., 5 lis., 1 trab., 1 meng., 2 lis., 3 del rev., 1 meng., 1 del rev., 1 trab., 4 del rev., 2 lis., 4 del rev., 1 trab., 1 del rev., 1 meng., 3 del rev., 2 lis., 3 del rev.

Se repite desde la primera vuelta hasta dar al encaje el largo necesario.

Hé aquí esplicados los dos modelos, cuya sola vista habrá ganado la voluntad de nuestras lectoras.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

## TEATROS.

Circunstancias superiores á nuestra voluntad nos han impedido hacer la reseña teatral de costumbre en los últimos números de este periódico. Y á la verdad que hemos sentido no poder llenar nuestra mision en ese tiempo, no sólo por el afecto que nos inspira la publicacion, sino por vernos privados de conversar con nuestras inteligentes y aficionadas lectoras. Desaparecidos ya los obstáculos que indirectamente nos forzaron al silencio, volvemos hoy á reanudar nuestra interrumpida relacion, recordando al verificarlo aquella célebre frase « Decíamos ayer » que en una ocasion solemne salió de los labios de un insigne poeta español.

Al volver al mundo teatral nos hallamos en los fines de la temporada cómica ya cumplidos por todos los coliseos, á excepcion de uno sólo que es el que más larga cuenta aquella durante el año. Los últimos dias de sus tareas han sido, como era natural, lánguidos y faltos de interés. Por esta razon nos creemos dispensados de tener que hacer una revista retrospectiva, y desde luego vamos á referirnos á lo poco que al presente ofrezca algun carácter de novedad.

No despreciable ha sido en verdad la que nos ha proporcionado el teatro de la calle de Jovellanos poniendo en escena una zarzuela original del fecundo y popular poeta Sr. Zorrilla. Pareciendo á primera vista (no decimos si con razon ó sin ella) que entre el género en cuestion y el de la musa del fecundo vate habia cierto antagonismo y heterogeneidad, el público acudió con ansiedad á la representacion, deseoso de ver como aquel ingenio resolvía el problema que á si mismo se habia impuesto voluntariamente. El éxito de *Amor y arte*, zarzuela en tres actos á que nos referimos, ha hecho ver que el público, no admirando al libretista, ha aplaudido y elogiado al poeta.

*Amor y arte* ha sido formada por el Sr. Zorrilla, entresacando los trozos más adecuados para el teatro, de una preciosa leyenda de su composicion, titulada *La Rosa de Alejandria*, publicada en casa del antiguo y muy acreditado editor D. Francisco de Paula Mellado. Como era de suponer, la índole fantástica de la leyenda no se acomoda bien á los previstos límites de la escena, y á los mas estrechos aun del espectáculo cómico-lírico. Pobre de sucesos teatrales el argumento, y superior en su entonacion á lo que hasta aquí se ha visto generalmente en el coliseo de la ZARZUELA, hubiera fracasado en tan difícil empresa, á no hallarse impregnada de la bella inspiracion que siempre enriquece las obras del autor de *D. Juan Tenorio*. La escasez del movimiento escénico, la injustificacion de muchas situaciones, los rasgos de ciertos caracteres perjudican á la obra en el terreno en que se presenta; pero hacen olvidar estas imperfecciones, ya

absolutas, ya relativas, lo levantado de la concepcion, la galanura de la poesia, y el vigor y delicadeza de los detalles. *Amor y arte*, á pesar de haber salido desigualmente ejecutada, ha sido y sigue siendo escuchada con agrado por la concurrencia que favorece el coliseo de la ZARZUELA.—Si no lo creyéramos tardío é inoportuno, reseñaríamos en breves líneas la fábula que le sirve de base. Conocida por lo general la leyenda de donde ha sido extractada, digámoslo así, y publicado el argumento por muchos periódicos de la corte, ya sería supérfluo aquel trabajo para la inmensa mayoría de nuestras lectoras.—En muestra de la versificacion, vamos á copiar un trozo del primer acto, que publica un diario de la corte, sintiendo no tener presente la obra impresa, pues con gusto transcribiríamos otros de no menor valía. Dice el Doctor, padre adoptivo de Rosa, al padre de Don JUAN amante de ésta:

«Rosa, á quien podeis llamar  
hija mía, aunque no lo es,  
raya en tan alto lugar  
que apenas puede besar  
vuestro hijo don Juan sus pies.  
Rosa, á quien habeis creído  
honrar con vuestro favor,  
en tal estirpe ha nacido,  
que no podrá con honor  
aceptar vuestro apellido.  
Rosa, en fin, á quien acaso  
regateais vuestras rentas,  
puede arrojaros al paso  
lo que vuestro haber escaso  
no suma en todas sus cuentas.  
Mas oid lo que no alcanza  
vuestra razon. Mi hija Rosa,  
para quien es la esperanza  
de una probable alianza  
con don Juan muy poca cosa,  
con hombre se ha de casar  
que lleve por solo bien  
al santuario de su hogar  
lo que con honra á ganar  
sus propias manos le den.  
Mas hombre cuyo decoro,  
cuyo libre corazon,  
desprecie el favor y el oro  
y no tenga mas tesoro  
que su honor y su pasion.  
Un hombre cuya existencia,  
cuya patria, cuya ley,  
sea Rosa, que en conciencia  
puede tener la exigencia  
de casarse con un rey.  
Rosa un hombre há menester  
que ya que pueblos no mande  
no sirva á ningun poder,  
y donde esté, sepa ser  
libre, independiente y grande.  
Ahora bien, señor baron,  
si en ello parais las mientes,  
vereis que en la condicion  
de séres tan diferentes  
no es posible que haya union.  
Con que si el orgullo os dijo  
que Rosa vuestro honor aja,

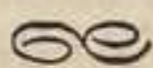
la erró; y tenedlo por fijo :  
si ama Rosa á vuestro hijo ,  
es ella quien se rebaja. »

La música de *Amor y arte*, original del distinguido compositor catalan señor Balart, es en lo general digna de bastante aprecio, y merece para juzgarla un detenimiento y un espacio de que no podemos disponer. Por este motivo diremos únicamente que si bien carece de grandes rasgos de inspiracion, está bien pensada y compuesta, habiendo en ella piezas de notable importancia.—Una *romanza* de barítono en el primer acto, el grandioso *final* del segundo, y un *trío* de tenor, barítono y bajo, si mal no recordamos, del tercero, son las piezas que mas se distinguen en la partitura.—El señor Balart ha sido llamado á la escena y ha visto premiado su trabajo con abundantes aplausos.

De algunos otros particulares pensábamos hablar al comenzar esta revista: la falta de terreno nos obliga, á pesar nuestro, á dejarlos para la inmediata.

ANTONIO ARNAO.

## MODAS.



La variacion de temperatura, que ha sobrevenido casi de repente, ha exigido tambien alguna en los vestidos, cuyos cuerpos se hacen abiertos, especialmente en los de barés y otras telas ligeras. Los rizados y encañonados que los adornan son casi todos de grós ó glasé, para darles mas consistencia.

Entretanto que la estacion acaba de fijarse, y como vestido de paseo, de mucha novedad, recomendamos uno de grós color de Habana. El cuerpo es alto y cerrado por delante con botones; el talle en punta. La manga es de codo, y va guarnecida por todo lo largo de la costura y en la vuelta por un biés de grós blanco de tres centímetros de ancho, cubierto de un entredos de guipur negro, y á cada orilla un plegadito de grós de un centímetro, y una guarnicioncita de lo mismo que sobresale como dos centímetros. El bajo de la falda va guarnecido de un volante de grós, de 15 centímetros, con su biés blanco de cuatro centímetros, cubierto de un guipur y encerrado entre dos encañonados de grós. Un adorno igual nace del talle por delante y baja por la falda figurando túnica abierta hasta el bajo por detrás, donde cae como un segundo volante sobre el primero.

Va muy bien con este vestido un cuello ancho de guipur blanco, á la *Vandich*.

Le completa amirablemente un sombrero, cuya ala está formada por una especie de toquilla de paja gris, con las orillas ondeadas, y ribeteadas de una

cinta encarnada y una blondita negra. El fondo es flojo y está separado del bavolet por un plegado: uno y otro son de grós azul. Las bridas son de este color, y debajo del ala hay un bandó de clavelinas azules.

La primavera convida á la equitacion, y entre los vestidos de amazona que hemos visto, hay uno de tanto gusto como novedad. Es de pañete ó merino gris: el cuerpo es alto, entreabierto de arriba y dejando ver una pequeña pechera: el cuello es recto en el escote, y sobresale una gola de tul rizada, con su corbatita de seda encarnada: las aldetas, en punta y abiertas por delante, entallan bien. El cuerpo, mangas y bolsillo de la falda van bordados de cordoncillo negro. Al lado derecho baja un broche ó abrazadera compuesta de adornos de crochet, guipur ó cordoncillo, que sirve para levantar un poco la falda cuando la amazona esté á pié.

El sombrero es de fieltro gris, de ala redonda, ribeteada de terciopelo, y adornado con plumas de avestruz, rizadas, y de dos tonos, uno gris claro y otro oscuro. El velo es de gasa verde.

*ESPLICACION de la LAMINA DE MANTELETAS que se reparte de REGALO á las señoras suscriptoras por año ó semestre.*

FIG. 1.<sup>a</sup> VOLUNTARIO.—*Sobretudo* de glasé negro, guarnecido en el cuello, delantero, bajo, mangas y bolsillos de rizados del mismo glasé, realizados con un agreman de pasamanería.

FIG. 2.<sup>a</sup> DUBARRI.—*Sobretudo* de grós negro, un poco entallado, guarnecido en el cuello, delantero y mangas de un rizado de la misma tela, con agremanes de trencilla muy fina. Tres adornos de este género cubren las costuras que forman el talle.

FIG. 3.<sup>a</sup> SOL.—*Abrigo* de paño ligero, ó de merino, en forma de chal redondo, con aplicacion de trencilla ó cordoncillo.

FIG. 4.<sup>a</sup> RAMILLETERA.—*Pelissé* de seda negra, al estilo de Luis XV, guarnecida de un encañonado y rosetas de la misma tela, con un volantito ancho de guipure. En el bajo se repite el plegado y las rosetas, y termina con otro volante de seda.

FIG. 5.<sup>a</sup> ZORAIDA.—*Manteleta-echarpe* escotada, de glasé negro, adornada de recortados de grós blanco y negro, puestos en ondas, y de ricos volantes de guipur.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director

Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.